

IDEAS Y CONCEPTOS HISTÓRICOS EN VICENTE RODRÍGUEZ CASADO

CÉSAR OLIVERA SERRANO*

Las personas que conocieron —que conocimos— a Vicente Rodríguez Casado tienen probablemente opiniones muy diversas sobre su importancia como historiador. Es más que probable que las ideas aquí vertidas no coincidan del todo con el recuerdo que cada uno de sus discípulos, amigos o compañeros de universidad guarden de él. Yo sólo trato de reproducir mi propia versión personal, elaborada además en los últimos años de su vida, cuando yo estudiaba la carrera de Historia y bajaba todas las tardes al despacho de don Vicente (Calle Pastor, 3), aprovechando mi parentesco, para coger sus libros y robarle conocimientos. Charlando con él y leyendo lo que me prestaba aprendí tanto o más que en la universidad. Tal vez sin saberlo, participé del modo de ser característico de La Rábida. No fui yo el único beneficiario; ¡cuántas tardes se llenaba su despacho de alumnos al calor de un café y de una estufa de petróleo para hablar de cualquier asunto interesante!

A pesar de no haber cursado la especialidad que él impartía, tengo que reconocer su indudable influencia en la elaboración de mis propias ideas sobre la Historia; y como yo, creo, hay otras muchas personas en Sevilla, en Madrid y en América a las que les ha ocurrido algo parecido.

Realmente don Vicente ha formado a varias generaciones de historiadores sin haber creado propiamente una escuela. Su magisterio tuvo la extraña habilidad de calar por vías distintas a las habituales; no fue demasiado asiduo de la cátedra, ni del departamento, ni de los pasillos o los claustros, pero supo llegar siempre a las personas en el «tú a tú» personal, directo. En este terreno «don Vicentón» no tuvo rival; sabía cómo formar el criterio de sus discípulos combinando el humor y los «temas serios» en un equilibrio difícil de imitar.

* Profesor Asociado de Historia Medieval, Universidad Complutense de Madrid

Los soportes de su magisterio

Pero no es ahora el momento de evocar sus grandes cualidades humanas —muchas y muy bien aprovechadas— sino de analizar el hilo conductor de su pensamiento como historiador. Se trata de ver cuál era el concepto de Historia que defendió a lo largo de su vida. Porque no cabe duda que esas cualidades humanas no fueron el único soporte de su magisterio como universitario, sino una concepción de la historia sumamente original y madura que muy pocas personas se hubieran atrevido a defender con su misma valentía.

Don Vicente reconocía que en su formación intervino decisivamente el gran historiador mejicano Carlos Pereyra.¹ De él aprendió a saber valorar los distintos factores históricos según la época de que se tratara. No siempre intervienen con igual intensidad las causas económicas, políticas o ideológicas. Cada tiempo histórico ofrece su peculiar dimensión que es preciso estudiar sin prejuicios elaborados de antemano. Este convencimiento le llevó a tener una gran seguridad en sí mismo y tal vez por ello jamás perteneció a ninguna escuela historiográfica. También aprendió de Pereyra a mantener una constante apertura hacia todas aquellas personas que se acercaban con el noble afán de aprender. Más que de un postulado científico, se trata de una actitud vital del maestro, que luego don Vicente, con los años, desarrolló con personalidad propia. Probablemente nadie le recuerda como figura egregia atrincherada en su saber

En cierta manera fue autodidacta. Ya antes de cursar la carrera de Filosofía y Letras —que simultaneó el primer año con la de Derecho— conocía perfectamente los clásicos de la literatura española, aparte de un sinfín de autores extranjeros de muy diversas procedencias. A lo largo de su vida mantuvo la tradición de devorar libros, lo cual, unido a su asombrosa memoria, le permitía en todo momento sacar a colación miles de ideas y referencias con las que asombraba a su interlocutor. Sin embargo nunca cayó en la trampa de la erudición deslumbrante y retórica.

Sus obras culminantes

Si es verdad que en sus comienzos se especializó en la historia de América y España en el siglo XVIII, sus últimos años se orientaron hacia las grandes

¹ Exiliado en España desde 1919, muere en Madrid en el año 1942. Don Vicente le reconoció y trató en los últimos tres años de su vida. Pereyra es el gran renovador de la historiografía hispanoamericana del siglo XX.

cuestiones de la historia universal que han configurado el mundo contemporáneo. En este sentido, su obra culminante es *Orígenes del Capitalismo y del Socialismo contemporáneo*.² Muchas horas de trabajo dedicó a este libro para conjugar la profundidad del contenido con la claridad de exposición. Lo redactó pensando en públicos muy diversos —aquellos a los que él siempre quiso llegar— poniendo en sus páginas lo mejor de su saber y la más probada experiencia como maestro. Tal vez intuía que iba a ser una de sus últimas obras.

Hay un cierto parentesco entre este tipo de libro y sus *Conversaciones de Historia de España*.³ En los dos puso toda la carne en el asador. Ambas son obras de síntesis, en las que se mide la verdadera calidad de un historiador. Pero si sus *Conversaciones* fueron muy populares, los *Orígenes* pasaron más desapercibidos, a pesar de explicarlo en la Facultad de Historia en sus últimos años de vida activa. El propio don Vicente se sintió un poco desilusionado al ver que no llegaban las críticas que esperaba recibir por parte de profesores universitarios; deliberadamente quiso provocar en el lector una reacción intelectual para que cada cual tomara postura ante la génesis del mundo contemporáneo.

Las ideas que aparecen recogidas en esta obra chocaron frontalmente con los usos y costumbres habituales de la Facultad, donde lo más frecuente era escuchar versiones más o menos modificadas y repetidas hasta la saciedad del materialismo histórico, entreverado con nociones positivistas. Pero a pesar de romper con la norma, don Vicente jamás encontró animadversión; todo lo contrario, asistió sorprendido al gran interés que se despertaba entre los alumnos ante una concepción de la historia basada en la libertad del hombre.

Los legados de la Historia

Llegados a este punto, interesa detenerse a considerar aquellas nociones y conceptos que desarrolló en los años ochenta, porque en ellos se resume perfectamente su modo de ver y entender la historia.

En repetidas ocasiones solía decir que el concepto de hombre manteni-

² Primera edición en Lima (1979), por ADEU. La segunda en Madrid (1981) por Espasa Calpe, en la Biblioteca de Ciencias Políticas.

³ Editado en Barcelona (1963) por Planeta en tres volúmenes. Inexplicablemente no hubo más ediciones, a pesar de la gran acogida que tuvo.

do por una civilización o por cualquier sociedad marca el rumbo de su historia. Todo lo que los seres humanos entienden de sí mismos canaliza el conjunto de realizaciones —económicas, sociales, jurídicas, artísticas, etc.— que se plasman con el transcurso del tiempo. Con tal planteamiento, sobra decir que para don Vicente tenía especial importancia el papel de las ideas en la Historia. Parafraseando a Hegel repetía también aquello de que cada época histórica tiene su propia metafísica. Este convencimiento le llevaba a reafirmar el papel dirigente de la libertad humana en el transcurso de la historia universal. En suma, que en sus planteamientos no cabía ningún determinismo, ni siquiera el derivado del propio protagonismo de las ideas filosóficas.

Tal vez esto último pueda parecer un tanto contradictorio, pero no lo era en su manera de pensar, puesto que el ejercicio de la libertad se realiza a partir de los legados que cada sociedad recibe del pasado. La libertad no se ejerce en el vacío, sino que se articula a partir de las realidades que toda comunidad humana recibe de sus antecesores. Por eso, don Vicente concedía un extremo cuidado al estudio de los diversos legados recibidos por el mundo contemporáneo (el de Grecia/Roma, el cristianismo, el medioevo, el humanismo, la Reforma/Contrarreforma, el racionalismo, etc.). La última obra que traía entre manos en el momento de morir fue una *Introducción a la Historia Universal*, cuyo primer volumen está dedicado precisamente al legado de la Antigüedad.⁴

No son las estructuras económicas y sociales las que configuran el modo de pensar de cada pueblo, sino que son las ideas acerca de lo que significa el hecho económico y social las que dan cuerpo a las sociedades. Todo ello, claro está, condicionado por las posibilidades materiales y culturales de que disponga en un momento dado cualquier sociedad. Este criterio, inspirado en la filosofía realista —o tal vez en el sentido común— hace que sus escritos tengan siempre un atractivo especial, puesto que su forma de argumentar tiene la credibilidad de lo razonable. En general, todos los escritos de don Vicente se esfuerzan por caer dentro del campo de lo real y de lo inteligible, que tanto gustaba cultivar dentro y fuera de la universidad.

⁴ Publicado por la Universidad de Piura en 1988. Los papeles que dejó en Madrid al morir prolongan este libro hasta la época de la Reforma y la Modernidad. La citada Universidad acaba de editarlos (2 volúmenes) bajo el cuidado del profesor Luis Suárez Fernández.

Humanismo cristiano e ilustración cristiana

A través del estudio de los distintos legados históricos de la humanidad, don Vicente distinguía distintos conceptos de hombre que se fueron sucediendo desde la Antigüedad hasta la época contemporánea. De todos ellos, destacaba el que consideraba plenamente adecuado con la realidad ontológica del ser humano; el hombre como criatura creada libre por Dios, dotada de inteligencia, capaz de trascenderse a sí mismo y al mundo.

Occidente supo cómo hacer suyo este ideal humano desde la cristianización del mundo romano hasta el despegue del humanismo renacentista pasando por el largo periplo medieval. Sin embargo, la misma civilización occidental se desgarró durante los siglos de la Edad Moderna al entrar en colisión este concepto con las posiciones del humanismo antropocentrista, del luteranismo y del racionalismo. La crisis de la conciencia europea, siguiendo la expresión de Paul Hazard, fue el gran tema sobre el que trabajó mucho tiempo dando vueltas a las diversas manifestaciones de esa ruptura.

Este es el escenario histórico preferido por don Vicente para situar la génesis del mundo contemporáneo. En absoluto tuvo una visión peyorativa de la modernidad, como si todo lo ocurrido antes del siglo XVI fuera una época dorada jamás superada por los siglos posteriores. Siempre defendió la existencia de un «humanismo cristiano» y de una «ilustración cristiana» contrapuestos a sus homónimos antropocéntricos. El mundo hispánico supo encarnar en su transcurso histórico estos principios de una forma bastante coherente, hasta el mismo siglo XX. Tales principios constituían la verdadera esencia de lo hispánico. Por esta razón le interesaba tanto la historia de los pueblos sudamericanos; en ellos encontraba la mejor demostración de que era perfectamente posible combinar la fe y la razón.

Autocomprensión y trascendencia

En los escritos de don Vicente aparece con frecuencia un punto de vista constante. La historia social como puerta de entrada a la historia total. No es una mera casualidad. Por una parte, consideraba que la realización del ser humano a través del tiempo se desplegaba precisamente en la donación de sí mismo a Dios, a los demás hombres y a las cosas. Visto así, la dimensión social de la persona es probablemente la faceta más reveladora de lo que el ser humano es capaz de hacer y, al mismo tiempo, es el terreno

más adecuado para que el historiador explique los logros y los fracasos de cualquier civilización. En segundo lugar, la crisis de la Modernidad desencadenó una ruptura de la sociedad que el mundo actual no ha sabido cerrar. Pero don Vicente entendía la historia social como la suma de las historias individuales de cada hombre y de los logros obtenidos por la dimensión social de cada uno de ellos. Jamás se le pasó por la mente desvanecer al sujeto, al individuo concreto, dentro de la abstracta masa de la colectividad que le rodea. En un ensayo titulado *Elogio de la libertad social*,⁵ dice lo siguiente:

«La auténtica historia total ha de tener, pues, en cuenta que el hombre es, a la vez, singular y social. Singular, o sea capaz de autocomprenderse; de ser señor de sí mismo; (...) Y social, porque su vocación le impele a vivir en sociedad en una constante misión de entrega (...). Por eso, porque es social, la voluntad se afirma y se realiza en el movimiento hacia el otro, pero por el otro mismo (...).»

Autocomprensión y transcendencia; he aquí probablemente las palabras que más veces pronunció en sus últimos años en las aulas y en sus escritos. El último empeño intelectual que se traía entre manos cuando le salió al paso de forma inesperada el viaje definitivo a la eternidad.

Todos aquellos que han pasado por la Asociación de La Rábida han tenido ocasión de escucharle estas ideas. Y la misma asociación ha participado en cierta medida de este modo de entender los problemas del hombre contemporáneo a la hora de llevar a buen puerto todas sus actividades universitarias. El «espíritu rabideño» que inspiró don Vicente tiene una enorme vigencia actual, porque penetra en un terreno que la actual universidad no sabe o no quiere cubrir; el del encuentro personal y sincero sobre un fondo intelectual firme y seguro.

⁵ Publicado por la Universidad de Piura en colaboración con la Asociación de La Rábida (1984), es el comienzo de la Biblioteca Breve de Temas Actuales.